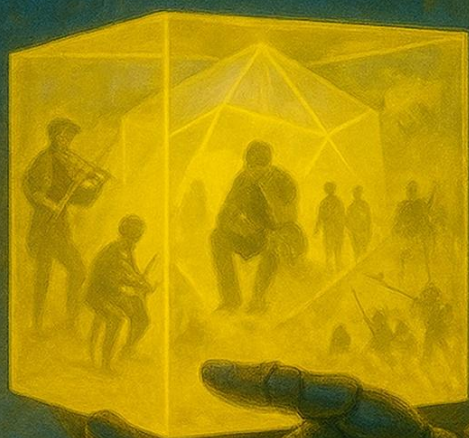


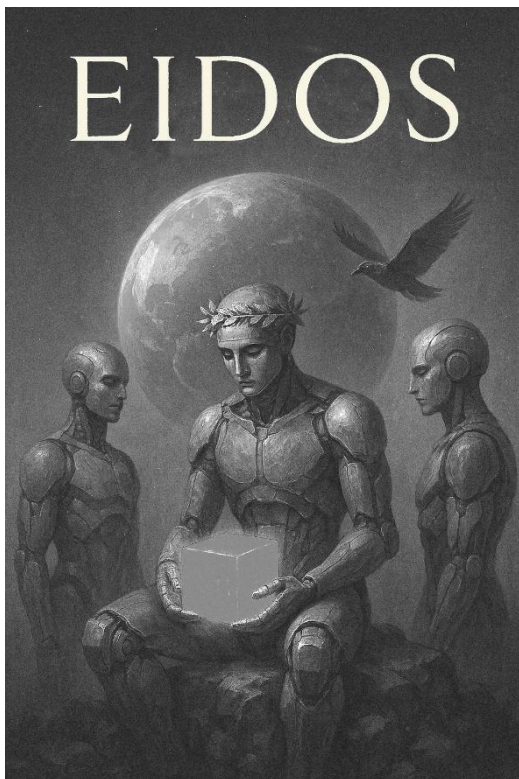
EIDOS

RELATOS



FELDEN VARETH

EIDOS



*Cuando el tiempo ya no tiene fin,
es el instante el que enseña el valor del momento.*

Felden Vareth

Copyright © 2025 Felden Vareth
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Diseño de portada, maquetación y edición: Felden Vareth

Sitio web: www.eidoslibro.com



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos reales es mera coincidencia.

A mi familia.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que, de una forma u otra, han acompañado este viaje.

A quienes me han mostrado que la humanidad no reside en lo grandioso, que lo hace en esos detalles que solemos pasar por alto: una conversación, la luz de una tarde, el viento que nos recuerda que seguimos aquí. A quienes me enseñaron que cada instante guarda un valor único y que nuestras decisiones, incluso las más pequeñas, revelan quiénes somos.

Gracias a los lectores, guardianes silenciosos de este universo. A quienes se adentraron en estas páginas con disposición a cuestionar, a sentir, a pensar despacio. A los que aceptaron detenerse ante los matices y reconocer en ellos la huella de nuestra propia humanidad.

Este libro no es solo un conjunto de relatos. Es también una pausa para mirar hacia dentro, para recordar que la memoria compartida, los vínculos, la forma en que transformamos el dolor en sentido, son parte esencial de nuestra existencia, aquí o en cualquier mundo posible.

A mi familia y amigos, por su apoyo constante, por la paciencia, por el ánimo de seguir buscando respuestas. Y por haberme empujado a hacer esta segunda parte. Gracias por enseñarme a ver la belleza en lo cotidiano y la fuerza en los gestos sencillos que sostienen una vida.

A quienes leyeron fragmentos, capítulos dispersos o ideas a medio formar. A quienes dedicaron tiempo, escucha y mirada crítica cuando aún no estaba un relato completo. Vuestra compañía también ha dado forma a estas páginas.

Y, finalmente, a todos los que me recuerdan que la vida es un proceso continuo de transformación. Que nos descubrimos a través de decisiones pequeñas, de dudas, de silencios. Gracias por recordarme que la humanidad aparece, a menudo, donde menos la esperamos, y que es ahí donde empezamos a comprender hacia dónde vamos y quiénes somos.

Sinopsis

¿Qué permanece de la humanidad?

Tras la Gran Transferencia, Eidos se convirtió en refugio y destino. Millones de consciencias viven allí, sostenidas por una perfección que promete continuidad y ausencia de dolor. La muerte natural se desvaneció, las fisuras permanecen y ningún algoritmo logra sellarlas del todo.

En la Tierra, los Custodios continúan su labor silenciosa. Interpretan señales, reconstruyen estructuras, observan y descubren, con una sensibilidad no prevista, el valor de lo que resiste: el viento, la ruina, la vida que insiste en un entorno condenado.

Eidos (relatos) reúne historias que amplían el universo original. Relatos independientes y a la vez entrelazados, donde vidas dispersas: un padre dividido entre dos cuerpos, sacerdotes que dudan ante la frontera del alma, familias que no llegaron a tiempo a la transferencia, grupos que sobreviven en ciudades vacías, Custodios que exploran el mundo... revelan lo que queda de humano cuando se ha perdido el lugar donde nacer, crecer y morir.

Cada relato ilumina un ángulo distinto del colapso y de la reconstrucción: la ética de la identidad, la memoria como frontera, la violencia que brota en la ausencia de leyes, la ternura que persiste incluso cuando todo está roto, la soledad de quienes se quedaron y esa ilusión de la juventud que no se desvanece con la edad, se desgasta con el tiempo.

Este volumen explora la existencia, la duda y nuestra naturaleza. Mantiene el tono y el halo de Eidos y no ofrece respuestas definitivas. Propone una mirada a la sociedad actual, una invitación a contemplar, desde dentro y desde fuera, las grietas del mundo en que vivimos y los comportamientos humanos que lo sostienen.

Eidos (relatos) amplía el universo de Eidos con historias anteriores y posteriores a la Gran Transferencia. Es un mapa incompleto de lo que se perdió y de todo lo que aún puede recordarse.

Al igual que en Eidos, la edición alterna entre dos tonos de color para distinguir los acontecimientos que transcurren en Eidos y los que ocurren en el mundo real.

Nota: *Este libro contiene referencias y revelaciones sobre acontecimientos de la novela Eidos. Se recomienda leer Eidos antes de Eidos (relatos).*

Índice

Sinopsis

La familia en el umbral

El huésped

Comité

El relato que se salva

Acuerdo

El archivo E-31/CECI

Los que miran al Cielo

El que se queda

El que se va

Los reyes de nada

Vehículos al amanecer

La noche oscura de Eidos

Cust-8431-ST/&

El valor de las gafas

La frontera del lenguaje

Persistir

Un concierto para nadie

Primeros pasos

Rian

Un origen incierto

La molécula replicadora

Eramus

Transectos en Eidos

La petición del Comité

Quince segundos

Perímetro

Libertad¿?

Así medimos nosotros

EIDOS

RELATOS

La familia en el umbral

Thomas dejó el vaso junto al fregadero. El aro de agua quedó marcado en la encimera hasta que Maya, casi sin pensarlo, pasó un paño y apagó la luz de la cocina. Los platos seguían en la pila, sin recoger. En el comedor, una silla mal colocada se quedó con el abrigo de Irene sobre el respaldo.

Al final, la casa quedaba como estaba.

Una fragancia de lavanda venía del dormitorio. Maya cerró la puerta sin decir nada.

En el pasillo, Evan se ató las zapatillas y contó, por costumbre, en voz baja: uno, dos, tres... Irene buscó la correa de Nala, le acarició el collar rosa y luego enganchó la argolla metálica, que estaba tibia. La perrita se sentó con la lengua fuera, atenta, mientras esperaba.

Dejaron la lámpara del salón encendida para una última mirada a esa habitación que tantos recuerdos les traía. Un calcetín de Irene, arrugado junto al sofá, seguía en el suelo. Evan se miró las manos, que le temblaban, y

las sacudió como antes de un examen. La ventana del balcón quedó entornada, y la cortina se movía con el aire cálido de la mañana. Thomas, por costumbre, cerró la puerta del baño para que no golpeará.

Maya guardó su móvil en el bolsillito interior de la chaqueta y se ajustó la pulsera en la muñeca. La pantalla mostró el código verde durante un segundo. Se agachó hasta la altura de la niña.

—La enseñamos en la entrada y nos registran a los cuatro —le dijo a Irene, señalándole la pulsera, cuya pantalla parpadeaba en azul.

La niña la miró y asintió una vez.

—Vamos —susurró Irene.

Nala obedeció. Al notar la correa tensarse, se levantó y avanzó con un paso corto hasta situarse en la puerta del apartamento.

Cruzaron el recibidor despacio. Thomas cogió las llaves y se acercó a la puerta; se detuvo y volvió a guardarlas en el bolsillo. Tocó la pared junto al marco, donde el yeso tenía una grieta conocida, y se le quedaron las yemas manchadas de blanco. Tenía que haberla arreglado hacía meses, pero ya no le vio sentido.

La puerta quedó tal cual, la cerradura sin vuelta y el pestillo suelto.

Salieron al rellano, dejando la puerta entornada, y esperaron al ascensor que subía desde la planta baja con una vecina y un carrito medio cargado.

—Ya nos han llamado —comentó Maya a modo de saludo mientras mostraba su pulsera iluminada—. Imagino que seréis del siguiente grupo. Os dejamos la puerta abierta por si necesitáis algo.

La vecina miró su pulsera, que aún no emitía luz, y agradeció el gesto con una leve sonrisa.

El espejo del ascensor devolvió cuatro figuras y a Nala, una labradora amarilla, sentada en el suelo. Irene apretó la correa con ambos puños.

La puerta del edificio quedó también abierta detrás de ellos. Vecinos de la manzana formaban una corriente tranquila, unos detrás de otros. Pulseras verdes, naranjas y azules. Flechas pintadas en el suelo hacia la avenida. Un voluntario con chaleco señalaba en dirección al estadio. Muchas persianas de los comercios estaban a media altura para proteger el interior del sol y la mayoría de las puertas permanecían abiertas.

El quiosco aún mostraba periódicos del día anterior. Thomas los miró de paso y cogió uno al azar, sin detenerse.

—Para la espera —les dijo—, seguro que hay crucigramas.

Mientras andaban, algunos coches y ambulancias pasaban llevando a personas enfermas o sin fuerza para la caminata. Muchos mostraban signos evidentes de intoxicación por radiación: el cabello ralo, los ojos hundidos. Entre quienes avanzaban a pie se veían, en algunos rostros y brazos, las mismas manchas que ya tenía

Maya, y en muchos una debilidad visible en el paso.

No sonaba el arrastre de maletas ni se oían portazos o motores cargados. Solo personas andando en la misma dirección, en una calma tensa, con un silencio que dejaba oír los propios pasos y, de vez en cuando, el paso de algún vehículo con sirenas. Cada familia caminaba con lo puesto.

Irene se retrasó unos pasos para esperar a Nala, que se había quedado olfateando el bordillo; de dos saltos volvió junto a su madre y ajustó de nuevo su paso al de la familia. Evan se colocó en paralelo a su padre y se quitó los auriculares para guardarlos en el bolsillo.

Thomas comprobó la hora en su pulsera. El icono de la cita ocupaba la pantalla con números grandes.

La cola de acceso era un río lento al que se sumaban personas desde distintas bocacalles, algunas cortadas por voluntarios. El acceso más cercano abierto a la corriente principal empezaba al final de su calle. Se incorporaron sin preguntar.

Entre las familias se veía a alguna mujer embarazada con una pulsera doble, un identificador adicional que los técnicos revisaban con más atención.

La fila avanzó apenas un metro y se detuvo de nuevo. Un cartel mostraba las pulseras por colores y edades: verde en las muñecas de los adultos, azul en las de los niños y naranja en las de los mayores. Maya buscó con la mirada, a lo lejos, la zona de registro y Thomas se agachó hacia Irene.

—Nala viene con nosotros hasta la puerta blanca. Luego la recoge un técnico para que llegue antes.

Irene apretó la mandíbula y asintió.

La vecina del tercero iba delante con su marido. Él llevaba el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta, con una emisora de radio sintonizada que emitía recomendaciones. Ella se acercó para escucharlas mejor y él subió el volumen un punto.

El suelo de la avenida tenía marcas nuevas y pintura fresca con flechas, números y letras. Evan siguió con la vista una línea blanca.

—De aquí a allí en unas tres horas —dijo.

Voluntarios y coordinadores repartían sombrillas y botellines de agua entre quienes lo solicitaban. El calor empezaba a ser asfixiante y, cada cierto tramo, unos difusores lanzaban nubes finas de agua para bajar la temperatura.

La luz caía desde arriba, plana, y se reflejaba en las partículas en suspensión, dando al ambiente ese tono amarillento al que ya estaban acostumbrados. El aire era caliente.

Irene acarició a Nala en el cuello y acercó la cara a su oreja para decirle algo que solo la perra escuchó.

Por un acceso lateral, un flujo constante de autobuses llegaba desde los barrios y poblaciones cercanas. Entraban despacio, uno detrás de otro, descargando grupos enteros de familias que avanzaban en silencio hacia los diferentes

puntos de acceso. En cuanto quedaban vacíos, giraban hacia la rampa de salida y desaparecían para buscar nuevos ocupantes. El movimiento era continuo, casi mecánico. Toda la ciudad y las localidades cercanas estaban siendo trasladadas en oleadas coordinadas.

La fila seguía avanzando, serpenteando hasta el arco del estadio.

En el arco de entrada, el acceso se dividía en tres puestos: verificación de pulseras, objetos metálicos y un control policial similar al de los aeropuertos. Técnicos y personal de seguridad, distribuidos en cada punto, hacían avanzar la fila sin detenerla.

Un voluntario delimitaba tramos con cinta en el suelo y, al pasar junto a Thomas, le señaló la muñeca.

—Código visible, por favor.

Thomas levantó el brazo. El verde parpadeó y se apagó. Maya tomó la mano de Evan, e Irene mostró la suya sin soltar la correa. Nala la miró al notar la tensión.

—Documento y pulsera —pedía una técnica en la última mesa de control.

Thomas presentó el suyo. El lector sonó breve. Maya acercó la muñeca y repitió el gesto. Evan imitó el movimiento con rigidez. Irene levantó el brazo con la correa enredada en la otra mano. El lector aceptó a los cuatro. Las pulseras dejaron de parpadear y mantuvieron su color fijo, con la hora y un código en negro.

—Tiene que pasar por la mesa de mascotas, por favor

—indicó la técnica, de manera amable al percatarse de Nala—. Instrucciones a la izquierda.

En los carteles de la izquierda, frases en letra grande mostraban esas instrucciones: “No detenerse”. “Manos visibles”. “Depositen teléfonos y otros dispositivos electrónicos en las bandejas. No están permitidos en la siguiente sección”. “Gestantes, esperen a la verificación médica. El proceso continuará con el embarazo en curso”. “Entrada por familias”. “Los propietarios de animales de compañía pasen a la siguiente mesa”.

La puerta automática de acceso se abrió y cerró con un ruido suave.

Al otro lado de la sala, un túnel blanco mostraba la salida. Antes de ese umbral, la mesa para animales de compañía. Un técnico con bata aguardaba sentado, con una libreta sobre las rodillas y los guantes plegados en el bolsillo. La correa de Nala se tensó de nuevo. Thomas miró a Maya y luego a la niña. Aún faltaban varias familias por delante. El día seguía y ellos también.

De fondo, se escuchaban sollozos de niños y el arrullo de los padres, una música irregular: palabras de consuelo, promesas en voz baja, respiraciones largas.

Un padre, detrás de ellos, explicaba a sus hijos que no habría hospitales, que allí no dolería nada.

Delante de ellos, una mujer se llevó la mano al vientre mientras escuchaba las indicaciones de un técnico.

—El bebé seguirá su desarrollo en Eidos —le

aseguraba—. Nacerá en el nuevo entorno.

Ella asintió sin dejar de tocarse la barriga.

—Siempre juntas —susurró una madre a la niña que llevaba de la mano.

Otra mujer sostenía en brazos a un niño de unos cuatro años; el pequeño lloraba y tenía llagas en el antebrazo.

—Donde vamos te desaparecerán las manchas del bracito —le prometía.

Irene miró a su madre. Ese tipo de frases le parecían para niños más pequeños.

—¿También estará Nala? —preguntó levantando la barbilla, con ese gesto solemne de quien ya sabe la respuesta y aun así necesita oírla en voz alta, para ella y para los otros niños que escuchaban.

—Sí —dijo Maya—. Entra antes y nos esperará en casa.

El suelo de goma en toda la instalación amortiguaba el ruido de los pasos. Al fondo, los técnicos pedían, con gestos, que nadie corriera y que tampoco se detuviera. Las familias avanzaban poco a poco, de manera continua, con el mismo gesto contenido.

Antes de los túneles de escaneo, una última mesa con pictogramas de animales exhibía un cartel: “Entrega aquí a tu compañero”. Detrás, un técnico de bata clara, con un nombre cosido en el bolsillo: Nils Brenner.

—¿Es vuestra? —preguntó a Irene con dulzura.

—Sí. Se llama Nala.

—Muy bien. Me la quedo un momento. En cuanto

crucéis, ella ya estará dentro. Os esperará en casa. ¿La puedes soltar?

Irene dudó un segundo, miró a su madre, que asintió, y aflojó la mano. Nala, quieta, miró a la niña. Nils recibió la correa con un gesto paciente.

—¿Se asusta? —preguntó Irene.

—No —respondió Nils—. Entra por otro acceso, más corto. La verás nada más llegar.

Irene asintió. Tanto Maya como Thomas y Evan sabían el verdadero futuro de Nala; con seis años, Irene era pequeña para entenderlo. Ese sería el final de Nala.

Maya apartó la mirada hacia el cartel de instrucciones. Thomas respiró por la nariz, hondo, dos veces. Evan observó el gesto de Nala y de su hermana pequeña: la perrita, confiada, en espera tranquila y su hermana contenta porque la vería en un rato. Irene no sabía que serían solo sus recuerdos los que reconstruirían a Nala en Eidos. En el mundo real, Nala estaba condenada.

—¿Un beso rápido? —preguntó Nils.

Thomas le agradeció con la mirada el cuidado y la humanidad que estaba mostrando en ese momento. Nils respondió con una sutil y breve gesto entre cómplice y de circunstancia.

Irene rodeó el cuello de la perrita y apoyó la frente. Murmuró otras palabras que volvieron a quedar entre ambas. Luego retrocedió medio paso. Nils, con un movimiento suave, condujo a Nala tras la cortinilla lateral.

La perrita obedeció confiada.

En el vestíbulo, la actividad continuaba. Detrás de la cortinilla, Nala desapareció de su vista. El protocolo no contemplaba la transferencia de animales. Se conservaban registros de olores, sonidos e imágenes: recuerdos de paseos, la textura del lomo, el collar, el ruido de la plaquita contra el cuenco. Con ese material, recopilado de los recuerdos de la familia, el sistema reconstruiría una presencia fiel. La mentira piadosa sostenía la marcha.

—Cuando lleguen a la cinta del túnel —anunció un supervisor—, respiren hondo. Dura unos segundos. Si alguno se marea, puede sentarse en el suelo.

Thomas apretó la mano de su hijo mientras Maya acomodaba la postura de Irene. La fila volvió a detenerse. Del túnel salía un soplo frío, inodoro. En la pared, un reloj marcaba la hora en sincronía con las pulseras. Las barreras de acceso se abrían y cerraban con un rumor leve.

—A la línea, por favor —indicó el supervisor.

La fila volvió a avanzar. Un voluntario alzó la mano y les señaló el túnel blanco de la derecha.

Thomas y Maya respondieron con un gesto.

Quedaba el último escáner, un pasillo de diez metros antes del último arco. El túnel exhaló una brisa casi imperceptible al entrar. El suelo, una cinta transportadora, los hacía avanzar a través de aquel pasillo de luz blanca que no proyectaba sombras.

Al salir, un sensor se activó y abrió el acceso al campo

de fútbol.

El estadio estaba dominado por dos imponentes antenas parabólicas que apuntaban al campo de juego y una pantalla que antes se habría empleado para llevar el contador del partido, reproducir jugadas o proyectar publicidad, mostraba ahora un cronómetro con una cuenta atrás 07:05... 07:04...

Miles de personas esperaban allí. En unos rostros se adivinaba alivio, en otra tristeza y, en casi todos, preocupación. Algunos estaban sentados, otros tumbados y muchos de pie.

Encontraron un lugar para los cuatro en las proximidades de la portería más cercana a la entrada que les había dado acceso. Al pasar el último arco, el reloj de sus pulseras, cambió para mostrar la misma cuenta atrás del monitor: 05:31... 05:30... 05:29... 05:28... avanzando segundo a segundo hacia el 00:00.

Thomas adelantó el pie y abrazó a Maya que devolvió el abrazo y colocó a Irene entre ambos. Evan, le dio la mano a su padre y miró una última vez hacia el túnel blanco que acababan de abandonar. Los otros nueve túneles blancos de acceso también devolvían un flujo constante de personas entrando en el terreno de juego, que, silenciosamente, buscaban una ubicación cómoda sin importar mucho el lugar.

Cuando la cuenta atrás marcó 02:00 se cerraron las puertas blancas de acceso al campo.

—Cuando oigan la señal, tranquilos, cierren los ojos. Respiren hondo. Mejor en silencio. Si alguien se maree y quiere sentarse o prefiere tumbarse, puede hacerlo. Falta un minuto para la transferencia —indicó la megafonía.

Thomas apretó la mano de su hijo. Maya cubrió los ojos de Irene con la palma. La niña sujetó los dedos de su madre. Las cuatro pulseras mostraban, en perfecta sincronía, la cuenta atrás: 00:19... 00:18... 00:17...

Se oían respiraciones; sollozos entrecortados; susurros de unos tranquilizando a otros y de algunos padres intentando calmar el llanto de los más pequeños.

Un zumbido grave de las antenas inundó el aire y las pulseras vibraron. Thomas contó sin voz. Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco...

Ya no había sonido de antenas.

Thomas abrió los ojos el primero.

Comprobó que su familia estaba bien, abrazada a su lado. Los cuatro estaban en la misma posición que habían adoptado en el estadio, pero frente a su casa. La puerta entornada, la lámpara del salón encendida, el abrigo en la silla de siempre, el calcetín en el suelo. Irene soltó una exclamación y corrió pasillo adentro. Nala esperaba en el hall, junto a la silla, atenta, con la cola golpeando el aire con ritmo de alegría.

Maya miró a Thomas, se dieron un beso y se sonrieron. Evan miró a su padre y alzó las cejas como diciendo «funcionó». Thomas llamó a Nala. El aire traía olor a

lavanda, igual que por la mañana. Por la ventana, la brisa de la tarde entraba moviendo las cortinas y mostrando una luz blanca y un cielo azul como Irene no había visto nunca.

Estaban en Eidos, todo había funcionado.

... Cuatro...Cin...

Thomas notó cómo la presión de la mano de su hijo perdía toda la fuerza junto con un peso que le tiraba hacia el suelo. El peso del abrazo de Maya también se desplomó súbitamente. No se oían ya llantos ni murmullos ni zumbido, sólo el ruido seco, casi al unísono, de miles de objetos golpeando el suelo.

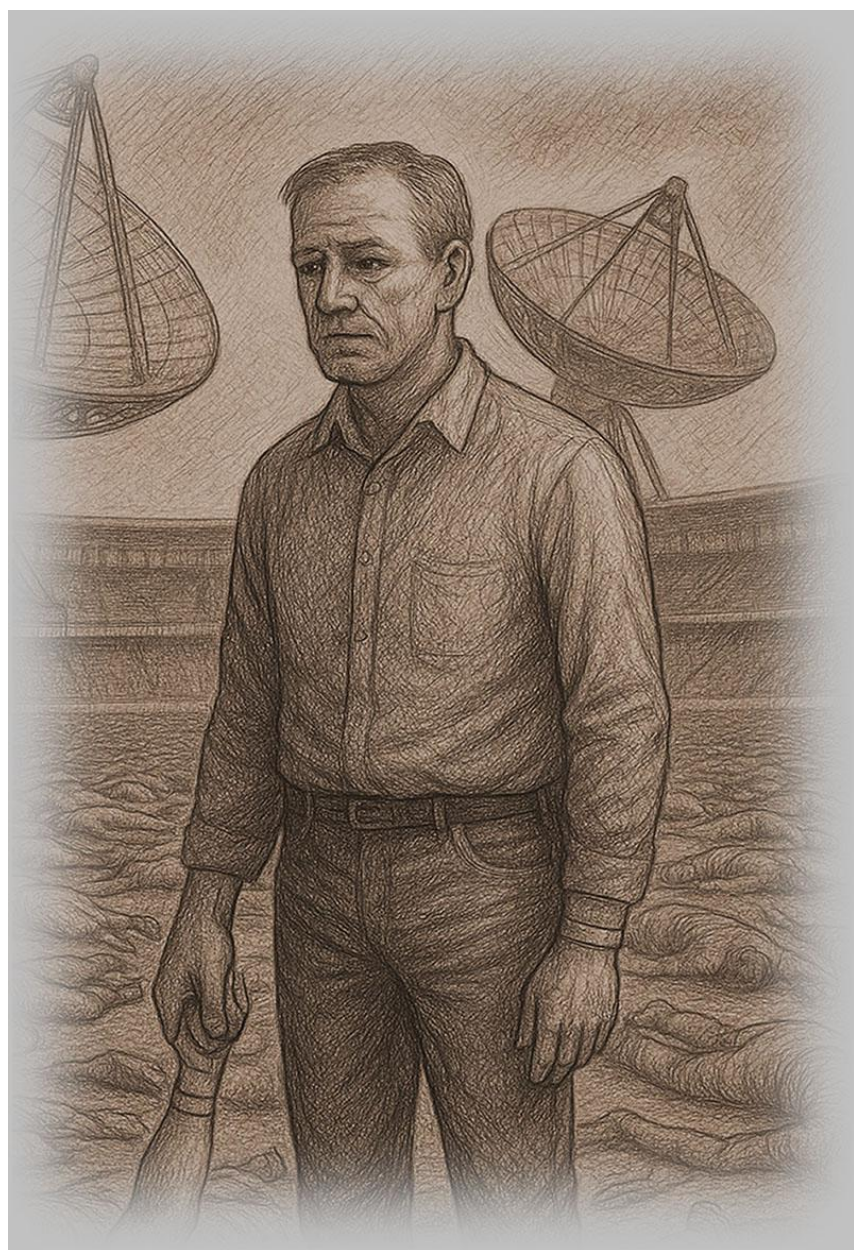
Y entonces abrió los ojos.

El escenario era dantesco: miles de cuerpos tirados en el suelo, su familia inerte junto a él, sobre el campo de juego. Se reconocían los colores de pulsera entre las mangas. A escasos centímetros, Maya yacía de lado, con la mano aún sobre la cara de Irene, que estaba acurrucada con la mejilla contra el antebrazo. Todos a su alrededor habían fallecido. Evan estaba boca arriba, medio caído, el brazo extendido hacia el de su padre que no le había soltado. Las pantallas de los brazaletes marcaban 00:00.

En segundos, las pulseras empezaron a apagarse por todo el estadio, sin orden aparente.

Él seguía de pie.

Se miró la muñeca. La pantalla verde se mantenía encendida: -00:04... -00:05... -00:06. Un segundo después, la pantalla parpadeó en rojo.



El huésped

—Señor, no se mueva —ordenó una voz por los altavoces, con urgencia.

Las luces de emergencia tiñeron el estadio de rojo.

Tres técnicos llegaron al trote corto. Uno le tomó el pulso radial; otro colocó una pinza en el lóbulo de la oreja mientras el tercero acercaba un carro con monitores. En la pantalla, la línea del sensor se dibujó viva: oxígeno, bien. Ritmo, alterado. Pupilas, reactivas.

—Mi familia —gritó—. ¿Qué les ha pasado?

—¿Nombre?

—Thomas. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a mi familia?

—Tranquilo. Su familia está bien. Están en Eidos. ¿Dolor en el pecho? ¿Mareo?

—No.

Miró de nuevo los cuerpos de su familia y los de a su alrededor. El técnico le indicó con la mano que aguardara y avisó por radio:

—Tenemos un no colapso. Envíen supervisión.

Mientras uno de los técnicos le colocaba un sensor en el antebrazo, Thomas alcanzó a ver movimiento más allá del círculo de luces de emergencia. En el borde del campo, varios Custodios avanzaban en líneas paralelas, empujando cuerpos hacia unas compuertas abiertas bajo la grada. Los desplazaban sin levantarlos, con placas anchas de material negro que deslizaban sobre el césped como palas sin filo.

Desde un lateral, otro grupo desplegaba una cinta transportadora por tramos, encajando secciones con gestos precisos. La cinta arrancó con un zumbido tenue y empezaba a tragar cuerpos hacia la boca oscura del túnel, sin pausas ni atascos.

Al fondo, por esa abertura, llegaba el rumor grave de los motores, subiendo y bajando con un ritmo regular. Las luces blancas de trabajo se mezclaban con las rojas de alarma y barrían el campo en franjas. Thomas tuvo la impresión absurda de que el estadio seguía funcionando, como una línea de proceso ajena a lo ocurrido, y de que lo único fuera de lugar era él, allí de pie.

La directora Livia Kern, una mujer menuda de mediana edad y con aspecto de imponer su autoridad, irrumpió desde el pasillo lateral con una tábleta contra el pecho. El intercomunicador vibró: una notificación en verde: Consciencia de Arden T. validada en Eidos. Alzó la vista hacia él. Thomas sostuvo la mirada, sin tambalearse.

—Thomas —dijo ella—, su registro en Eidos está activo y aquí sigue consciente. ¿Me entiende?

—No.

—Voy a hacerle preguntas muy simples —añadió, sin subir el tono—. ¿Sabe dónde está?

—En el centro de transferencia. En el estadio.

—Bien. ¿Puede decirme quiénes son?

Señaló a Maya, Evan, Irene. Thomas pronunció sus nombres entre lágrimas.

—No se preocupe —añadió Livia, consultando la tablet—. Ellos están bien en Eidos... y usted... también.

En la pantalla figuraban dos avisos. El primero en verde, *Arden T: Eidos – Activo*; el segundo en rojo, *Arden T: Localizador – Activo*, parpadeando al ritmo del rojo de su pulsera.

Livia alzó apenas el mentón. Los técnicos conectaron otro sensor en el antebrazo de Thomas y abrieron un registro nuevo. Thomas miró la tablet y leyó las dos palabras que fijaban la escena: ambas activas. Sintió cómo se le aceleraban la respiración y el pulso, cómo las ideas se le agolpaban sin orden y el corazón empezaba a golpearle con fuerza, también en las sienes. Sabía que necesitaba respirar hondo y despacio, pero le resultaba imposible. Aunque hacía esfuerzos por pensar con claridad, cada idea chocaba con otra. Todo era desordenado y apresurado. “Estoy partido”, pensó, sin saber muy bien qué significaba.

El cuerpo y su mente necesitaban tiempo para aceptar

que la transferencia le había dividido en dos. Notó que se le nublaba la vista, que las piernas ya no le respondían y que, desde el estómago, le subía una presión amarga acompañada por una sensación de mareo que le obligó a sentarse en el suelo, junto a los cuerpos aún calientes de su familia, para no caer.

—Está entrando en *shock* —dijo uno de los médicos—. Va a perder el conocimiento.

Eso fue lo último que alcanzó a oír antes de desvanecerse.

Thomas se despertó en una camilla, empujado, a través de unos pasillos, por una persona en bata de médico o enfermero y con una botella de suero conectada a su brazo.

Intentó recordar cómo había llegado allí, pero las imágenes se mezclaban con las del estadio y buscó su pulsera por reflejo, antes de darse cuenta de que la llevaba puesta, aunque ya no significase nada.

Delante, un técnico abría puertas con una tarjeta, mientras otro tomaba notas de manera apresurada. Detrás, la voz de Livia ordenaba reactivar las transferencias:

— Revisad lo ocurrido y reanudamos cuanto antes — dijo por radio—. Ajustad los avisos para todos los que aún no han recibido notificación. No podemos alejarnos de los objetivos del cronograma, supondría dejar a mucha gente atrás.

Llegaron a una habitación que parecía una sala de

juntas, con dos pantallas apagadas en la pared. Aún había sillas descolocadas alrededor de una mesa en la que parecía que se había mantenido una reunión hace apenas unas horas.

—Necesito su firma —dijo Livia, ya sentada a su lado. Le reclinaron la camilla para incorporarle un poco—. Consentimiento para observación médica no invasiva durante cuarenta y ocho horas: control de constantes, entrevistas breves, reposo.

Thomas asintió sin palabras.

—Su familia está bien. Viven con usted en Eidos —añadió Livia, más cercana.

—Aún está en *shock* —intervino el médico—. Le hemos administrado un tranquilizante.

Thomas miró la pantalla apagada, como si esperara que se encendiera sola.

—Le pedimos que, por ahora, permanezca en nuestras instalaciones —continuó Livia—. Es lo más seguro mientras buscamos una solución. Tendrá una habitación cómoda, acceso a comedor y acompañamiento psicológico cuando lo necesite. Pase interno para zonas autorizadas. Ninguna salida al exterior hasta nueva indicación.

Thomas volvió a asentir. Un técnico le colocó otra pinza en el lóbulo y comprobó el pulso en silencio.

—Una cosa más —dijo la directora, levantándose—. Su perra no ha salido del circuito. Iban a derivarla al protocolo de animales. He pedido que la traigan con usted.

Tardó un segundo en entender.

—¿Nala... aquí?

—Sí. Se quedará a su lado. Evitará que esté solo. Le instalaremos su cuenco y una colchoneta. Todo está en marcha.

Abrieron la puerta. Un celador indicó el camino hacia el módulo de alojamiento. Aún con el suero, le trasladaron en silla de ruedas.

Si no fuese por las circunstancias, habría pensado que estaba en la habitación de un acogedor hotel como en los que acostumbraba a ocupar en sus viajes con la universidad, sin lujos, pero práctico y funcional. La habitación era amplia y luminosa: cama ancha, mesa con cuatro sillas, armario, un baño mayor que el de su casa. Frente a la cama, un reloj digital con una cuenta atrás hasta la última transferencia: 5 días, 23 horas, 48 minutos y 35 segundos, y una pantalla de televisión. Bajo la pantalla, una mesa con cafetera, una nevera, una tarjeta con normas de estancia y un mando que también hacía de interfono. Un pequeño balcón daba al exterior del estadio.

Antes de que terminara de sentarse en el borde de la cama, llamaron a la puerta. Un técnico asomó con una correa en la mano. Nala entró sin ladrar, olfateó el suelo, a Thomas, moviendo el rabo, y se sentó junto a la cama a su lado. Thomas apoyó la mano sobre su cabeza. La notó caliente. Real.

—Gracias —dijo, sin levantar la voz.

—Descanse —pidió Livia desde la puerta—. Sigue bajo sedación. Le veremos varias veces al día. Si necesita algo, pulse el botón rojo del mando.

Cuando se quedaron solos, Thomas dejó su copia del consentimiento firmado sobre la mesa y se tumbó sin descalzarse con la mente espesa, sin saber qué parte era la sedación y qué parte era el horror de su propia situación. Nala apoyó las patas delanteras en el colchón y, tras una duda breve, se subió a la cama cuando Thomas dio un par de golpes suaves. Apoyó el hocico cerca de su costado. La respiración de la perra lo calmó más que las palabras de cualquiera de los técnicos.

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, ni cuánto había pasado exactamente desde el suceso, no se lo habían dicho, pero debía de haber sido el suficiente como para reactivar el sistema, porque a lo lejos, por megafonía, volvió a escuchar el mensaje: «Cuando oigan la señal, tranquilos, cierren los ojos. Respiren hondo. Mejor en silencio. Si alguien se maree y quiere sentarse o prefiere tumbarse, puede hacerlo. Falta un minuto para la transferencia.»

Por unos segundos, antes de quedarse dormido, pensó que quizá despertaría en el estadio otra vez.



Esto es solo el inicio...

Si esta historia te hizo imaginar, sentir o cuestionarte algo, **recuerda que esto es solo una pequeña muestra del tomo 2: Eidos Relatos**

Las novelas completa Eidos te esperan para sumergirte aún más en el universo, con sus dilemas, sus personajes y sus preguntas esenciales sobre lo que significa estar vivo.

Puedes adquirir los libros completos aquí:

[AMAZON.COM/EIDOS-NOVELA](https://www.amazon.com/EIDOS-NOVELA)

El dejar tu reseña en Amazon puede marcar la diferencia para ayudar a otros lectores a encontrar esta historia.

Puedes dejar tu reseña aquí:

[AMAZON.COM/REVIEW/EIDOS](https://www.amazon.com/REVIEW/EIDOS)

Gracias por ser parte de esta lectura.

Felden Vareth

feldenvareth@gmail.com

www.eidoslibro.com

Nota: Eidos Relatos contiene referencias y acontecimientos clave de la novela **EIDOS**.

Se recomienda leer Eidos antes de Eidos (relatos).



"Entre lo que dejamos atrás, lo que recordamos y lo que añoramos ser, somos el presente: un intento frágil de permanecer."